

referencia obligada para todo aquel que pretenda abordar el estudio del futuro con rigor. También es un acicate para los jóvenes sociólogos, pues abre un camino; muestra que, desde la sociología, se pueden hacer aportes sin pretensiones pero interesantes y creati-

vos; nuevas perspectivas para analizar la realidad social. Y ello es, más que conveniente, sumamente necesario para afrontar los retos a que habremos de hacer frente en el siglo XXI.

José M.^a TORTOSA

De astucias, moscas y sociología joven

GABRIEL GATTI e IÑAKI MARTÍNEZ DE ALBÉNIZ (coords.)

Las astucias de la identidad.

Figuras, territorios y estrategias de lo social contemporáneo

Este libro merece que sea leído y tomado en consideración tanto por lo que en él se dice, argumenta y discute como por lo que presupone como voluntad y estilo de trabajo. Recoge las ponencias que se presentaron en Bilbao en octubre de 1998 en una reunión organizada por el Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva que puso en contacto, charla, discusión e intercambio de ideas a un plantel de jóvenes sociólogos que, a sus ansias por darle al magín y a la autoconciencia, sumaban su mayoritario estatuto institucional de académicos recién advenidos, *in fieri* o incluso *a punto de serlo si la suerte acompaña* (véanse las jugosas notas autobiográficas que cierran el volumen). Además de los textos entonces presentados, el libro recoge los comentarios que abrieron el debate sobre cada uno de ellos. El resultado final, esté uno o no de acuerdo con lo sustantivo de lo que se presupone, es

espléndido en contenido y forma y le hace a uno desear que tal tipo de encuentros proliferen en los próximos años.

Como el que esto escribe es ya representante de una sociología *senior* (esperemos que no senescente y aún menos de la variante *rigor mortis*) y dado el calor que los participantes en la reunión pusieron en presentar lo que debatían como muestra de una sociología *joven*, no creo que pueda eludirse la pregunta de fondo que a todo lector le asalará: ¿hay, tenemos una sociología *joven*? En un sentido trivial que atiende al *dictum* de Arendt, es evidente que sí pues toda vida es un comienzo y lo que aquí se pone a la luz es un muestrario de comienzos que anuncian derivas abiertas. En un sentido ya algo más sustantivo y que se pone a la estela del sueño ilustrado y su traducción benjaminiana, cabría también asentir pues los trabajos publicados muestran

una común inversión de energía intelectual en la tarea de crear un espacio nuevo que acabe con las tercas rutinas de pensamiento en las que hemos estado y estamos. Pero en un sentido ya sustantivo y que atienda a una posible seña de identidad codificable en términos de afinidad sustantiva, corriente, escuela o unidad de destino en el saber, es evidente que tal sociología no existe. Y es una fortuna que no exista pues pocos espectáculos serían más deprimentes que el surgimiento de una escuela unificada, fundadora de tradiciones y con identidad fuerte que anunciara el futuro definitivo de luz y saber para la sociología que se hace en España. Que nadie se asuste: estos jóvenes sociólogos, además de investigar en campos muy dispares, gustan de plurales orientaciones teóricas, tienen muchos padres y madres o son huérfanos de tradiciones distintas, pero no han cuajado, ni pretendido cuajar, un *nosotros* que anuncie ortodoxia. A lo que son dados es a discutir entre ellos lejos de tuteladas y meritoriajes, lo que no es poca virtud y debería cundir como ejemplo.

¿Quiere esto decir que sólo les une su específico y segregado espacio público de discusión? Sería demasiado simple que la cosa se limitara a esto y, como lector, he de confesar que hay algunos rasgos, no unánimes pero sí claramente mayoritarios, que dotan de un cierto aire de familia (imagen muy de su gusto) a los trabajos presentados y sus autores. En primer lugar, queda clara una actitud compartida que destaca a la vez la relevancia de la reflexión teórica y la insatisfacción con las tradiciones exis-

tentes. Es como si se consensuara que, en lo fundamental, las tradiciones hegemónicas están agotadas o precisan de radicales relecturas que las permitan ponerse a trabajar y estén a la altura de los retos del presente. En segundo lugar, es común la voluntad de superar la escisión entre las investigaciones de concretos objetos sociales y la reflexión teórica. Ésta, incluso en aquellos casos en los que pretende conectar con tradiciones de larga data, no se piensa como un discurso autónomo y que se alimenta a sí mismo, sino como teoría situada, enhebrada en el acto investigador que quiere iluminar objetos precisos. Algunos son generales (sociedad de la información, metamorfosis contemporáneas de lo sagrado) y recurrentes (mujeres, jóvenes, nación), otros muy específicos (matrimonio, seguridad) o incluso manifiestamente marcianos (OVNI), pero en todos los casos son ocasión para revisar nuestra manera de abordar y pensar lo social (sus prácticas espaciotemporales) y ponen en primer plano de atención la reflexión teórica. Y, en tercer lugar, hay un tema también común sobre el que la reflexión vuelve una y otra vez: la identidad. Hay acuerdo sobre su relevancia o la necesidad de proceder a repensarla, pero no sobre cómo hacerlo. Las vías que se transitan son muchas: el pasmo ante lo mítico-atávico; el rastreo de las reencarnaciones de lo sagrado; la sospecha de la capacidad de resistencia de vivencias restrictivamente solidarias en contra de la universalista racionalidad ilustrada; la presencia de la ambivalencia; la relevancia de lo que es liminar y se sitúa en espacios

no iluminados sociológicamente; la procesualidad sólo narrable; el híbrido que no es descomponible en partes discretas y ensamblables. Todas éstas son vías para aproximarse a una identidad esquiva, y si bien algunos de los trabajos optan por alguna de ellas, otros, más cautos, toman en consideración más de una.

Hasta aquí lo que me parece más compartido; se trata de actitudes comunes ante la necesaria reconstrucción teórica y una atención a un tema central que alcanza resultados distintos. No entraré a dar cuenta, siquiera somera, de los distintos trabajos que se recogen en el libro, pues tal tarea alargaría indebidamente la exposición. Invito a quien tenga ocasión a que los lea porque en su mayoría tienen un indudable interés. Creo, por mi parte, más pertinente introducirme en su debate de fondo y hacer explícitas las dudas o desconciertos que me ha provocado.

Me desconcierta, de entrada, el título con el que se ha pretendido definir el programa que dota de sentido unitario a los trabajos y sus debates. ¿Por qué astucias de la identidad? ¿Son astutas las identidades o astutos quienes las estudian más allá de los cánones ya obsoletos? Suponiendo que lo sean ambos —y creo que tal es la propuesta dominante—, no entiendo bien por qué se le asigna a un viejo ídolo del racionalismo occidental tal protagonismo y, sobre todo, tal papel emancipatorio. Pues la astucia supone un ejercicio de la razón que, a base de habilidad y manipulación, es capaz de acomodarse ventajosamente al mundo, una figura de una racionalidad instrumental sobre la que *La*

Odisea construyó uno de nuestros monumentos culturales fundacionales. Además, la astucia ha de predicarse de un sujeto-estratega que está fríamente al acecho y es capaz, por medio de engaños o medias verdades, de hacerse con la voluntad de otros. Sujeto que consigue al cabo sujetar firmemente y razón instrumental con la que sujeta: tales implícitos constituyen el núcleo de la astucia. ¿Es la identidad buscada o el acto de buscarla subsumible bajo tal imagen? No lo creo y, además, me parece que justamente lo que se cuestiona con brillo e insistencia a lo largo de las páginas del libro es que haya un sujeto, aunque emboscado, tan compacto y que éste pueda ser comprendido en términos de racionalidad instrumental. Entonces, ¿por qué una imagen tan inadecuada? ¿Es un simple desvarío poético o hay algo más? Dejando a un lado la primera posibilidad —pues todos tenemos buenos y malos días a la hora de construir imágenes—, me parece pertinente seguir la segunda pista. Seguir la es relevante porque nos permite ir más allá del desconcierto que nos pueda provocar una imagen poco fiel y nos acerca al problema de fondo.

Ese algo más es la idea de fondo de que tanto los actores sociales como los observadores que pretendan dar cuenta de ellos son *resistentes* y *liminares*. Me refiero con esto a que se los concibe como modestos héroes que se resisten en los márgenes a los embates de un mundo que, tanto en sí como discursivamente, es compacto y monolítico. En un mundo tal, resulta evidente que la astucia es la única estrategia de resistencia, una astucia

que, sorteando nombres, requerimientos, reglas, cosificaciones y demás, sea capaz de hacerse con nichos de realidad y sobrevivir en ellos. De ahí que las identidades sean astutamente híbridas, ambivalentes, procesuales. Lo son porque se resisten astutamente en los márgenes de un mundo compacto.

¿Qué problema hay con tal retrato? Más que problema, hay problemas. Son los que resultan del triple supuesto de: *a)* un sujeto que manipula; *b)* una identidad que, al fin y al cabo, resulta ser una construcción, y *c)* una complejidad identitaria que se sitúa exclusivamente en los márgenes. Lo primero presupone que todo análisis ha de partir de un sujeto que, además de ser tal, actúa, es decir, se adjetiva en la acción; lo segundo, que lo que resulta de la acción de ese sujeto es una construcción; lo tercero, que la identidad del margen es distinta de la identidad del centro. Los tres supuestos me parecen problemáticos y creo que hay argumentos —y los encuentro en los mismos textos que optan por la imagen dominante de la astucia del resistente en los márgenes— para contradecirlos.

El primer supuesto resulta problematizado cuando el sujeto identitario deja de «ser una matriz que guía toda práctica» (p. 269) y, una vez fijado esto, nos atenemos a lo dicho y, por lo tanto, no concebimos en términos adjetivos la acción porque no suponemos que sea expresión o muestra de un sujeto preexistente que se vuelque en astutas estrategias. En coherencia con esto, dejamos de suponer que la identidad sea objeto de construcción, a no ser en un senti-

do trivial (no es un dato natural, es histórica, resulta de la acción, etc.), y nos emancipamos de una vez por todas de la manida imagen del *homo faber* y sus construcciones que tanto nos llenan y tanto bloquean la imaginación en las ciencias sociales. Y, siguiendo este hilo analítico pero dando un paso más, aventuramos que la complejidad identitaria con la que los actores se topan y a la que intentan dar sentido (recuérdese el tenso e inconcluso vaivén weberiano: mundo *vs* sentido, sentido *vs* mundo) no se halla en los márgenes, sino que es ubicua, pues nada relevante socialmente tiene el aspecto compacto del sueño de identidad en el que hemos estado entretenidos tantos años o siglos.

Evidentemente, razonamientos tan apresurados y comprimidos no pueden ser argumento crítico suficiente para resolver el tema que tenemos entre manos, pero sí creo que son el punto de partida para liberarnos de sujetos que, echados por la puerta, se cuelan por la ventana y se ponen a parir estrategias, o constructores que nada construyen según plan y estrategia, o identidades planas y compactas en el centro y complejas en los márgenes.

Es entonces cuando podemos plantearnos el otro tema de fondo que, al hilo de la metáfora de la astucia, está omnipresente en el libro. Me refiero, evidentemente, no ya a lo que lo social (o socioidentitario) sea, sino a cómo podemos hincarle el diente, mostrándose, como se muestra, tan esquivo y resistente. En uno de los escritos de debate (pp. 61-62), Martínez de Albéniz proporciona claves

muy jugosas. Si lo que decimos y el modo de decir no es satisfactorio, parece que tenemos tres alternativas: la proliferación de metáforas nuevas y explícitas, el barroco acumularse de afijos y la blasfemia en tono menor. En los textos del libro, unos optan por lo primero y renuevan nuestros decires construyendo metáforas que se saben y quieren tales, pues se supone que más allá de ellas no podemos ir. Otros invierten en afijos que resultan inflacionarios y sufren de la pereza de quien sólo vive en la melancolía de las ausencias (*des*-aparición, *des*-vanecimiento) o en la aliteración de apósitos sobre un núcleo intocado (*pre*-, *para*-, *con*-, *trans*-, etc., lo que sea). Queda la alternativa de la blasfemia, pero ¿contra quién? Si no está claro que haya algo sustantivo contra lo que blasfemar (Dios, lo Santo, el Sujeto), entonces la blasfemia ha de ser en tono menor: una parodia de una fantasía o idealización en la que nos hemos empeñado, pero que el mundo desvela como tal. El resultado sería, me aventuro a conjeturar, una sociología enquistada que parodia las idealizaciones identitarias y así molesta y las hace vivir inquietas. De este modo habría que interpretar la mosca que aparece en la portada del libro: una mosca que ya no es la *musca depicta* de la iconografía bajomedieval, representación del Maligno (el gran blasfemador), sino mosca inoportuna, molesta, indestructible y, evidentemente, astuta, muy astuta.

He aquí una posible alternativa: una sociología amoscada y enquistada que resulte inoportuna y moleste a nuestras idealizaciones identitarias. Me parece más oportuna que una

sociología que invierta en novísimas metáforas (¿en qué difiere de la estrategia de la vieja sociología, tan inflacionaria metafóricamente?; ¿es que hay alguna sociología que no sea metafórica?; ¿conseguirá la buena metáfora que no se desgasta por el paso del tiempo?) y, desde luego, es un soplo de aire fresco frente a la eventualidad de un, por llamarlo así, afijismo metodológico que rebautice lo existente a base de *des*-, *para*-, *trans*- y demás caterva. Ahora bien, ¿basta con parodiar? Me parece poca cosa y, sobre todo, algo que queda por debajo del recurso poético que la tradición sociológica, en lo que de vivo y desvelador tiene, ha sabido y sabe utilizar para la apropiación por medio del lenguaje (¿y de qué otra apropiación podría hablarse?) del mundo social; me refiero, evidentemente, al tropo que cierra el recorrido reflexivo del lenguaje: la ironía. Ésta define y domina la vieja tradición de la sociología y me parece que, a no ser que el mundo se haga inefable, ha de presidir también su futuro.

Acabo aquí estas notas de lectura de *Las astucias de la identidad*. Reitero que se trata de un libro que debería ser leído y discutido por lo que dice y cómo y para qué lo dice. En él poco se encuentra acabado y todo se muestra para que siga siendo trabajado. Esperemos que pueda encontrar en sus lectores una respuesta que esté a la altura de sus inquietudes de fondo y que sea objeto de debate. Con fortuna o sin ella, lo logren o no, estas líneas intentan ya ponerlo en marcha.

Ramón RAMOS TORRE